

Lección de anatomía

Catalina Villegas Burgos

Redactora jefe en Alloprof, Montreal, Ingeniera Física, poeta, ilustradora, catalina.villegas.burgos@gmail.com

El año pasado, durante las vacaciones, me encapriché con una serie de Netflix llamada *Sex education*. Cuando mi mamá se enteró de que yo estaba viendo una serie sin invitarla, me instó a que la viéramos juntas. Balbuceé que ya iba en el tercer episodio para que se desanimara de verla, pero logré el efecto contrario: ella la puso en el televisor de su habitación mientras, a su lado, Gustavo leía artículos de interés y actualidades en el celular con las gafas en el borde de la nariz y mi hermano meditaba o hacía yoga en su cuarto. Cuando terminó de ponerse al día, me dijo que ya podíamos ver la serie juntas.

Ya tengo 36 años y he pasado casi 30 de ellos sintiendo que se me revuelca un pez liso y baboso en la entrepierna cuando oigo o leo la palabra embarazo, 32 de ellos con la palabra pene, 34 con clítoris, 35 con masturbación, y la que aún me cuesta superar es orgasmo. Siempre voy a darle rodeos a esa palabra diciendo clímax o placer (si es para algo formal), o venirse, venirme si es con una pareja. Decir orgasmo es nombrar algo que nos deja desnudos a todos, es confesar la inocencia perdida, ser parte del club secreto.

Mi problema no estriba solamente en mencionarla. Si alguien más la dice, si la pronuncian en la televisión, a mí me da un bochorno como de chocolate espumoso y ruana lanuda. Con otras palabras de uso más común también sentía un repentino malestar durante mi infancia. Estando muy pequeña, me hizo cosquillas entre las piernas cuando una actriz de “¿Por qué mataron a Betty si era tan buena muchacha?” le contó a su amiga que estaba embarazada. Yo sabía que no sabía nada sobre cómo se hacen los bebés, pero algo me dio escalofrío con la palabra “embarazo”.

Apretujándome en su cama matrimonial junto a ella, Gustavo y los gatos, empecé a fundirme como mantequilla mientras veía, desde el rabillo

izquierdo de ambos ojos a las adolescentes protagonistas hablando de la estimulación clitoridiana. De reojo, miraba la expresión de mi mamá frente a la pantalla: imperturbable, concentrada, enganchada a la trama, ¿o me reprochaba en silencio al verme taparme los ojos y la boca queriendo que me tragara la tierra? Yo tenía catorce años cuando mi mamá me habló del clítoris. Ella estaba en la cocina de mi abuela paterna y yo no la miraba mientras me hablaba. Mis ojos se perdían por la ventana que daba hacia el conjunto privado de ese apartamento del norte de Bogotá donde estábamos de vacaciones. Su ofuscación era palpable. La exasperaba que su hija con edad ya de señorita, la mayor de sus cuatro hijos, fuera tan aniñada. ¿Por qué me puso el tema?, ¿estaba cortando papaya, duraznos o alguna fruta con forma sugerente? Las mejillas me ardían. Le dije que no sabía lo que era el clítoris. Pero algo dentro de mí zumbaba como un timbre con un chicle pegado. Dos minutos después, me hizo sentar con ella a la mesa y dibujó una vulva en su agenda. Con el *Bic* azul con que apuntaba los teléfonos de sus amigas, dibujó la forma oblonga de la vagina y los labios menores. Retiñendo de índigo hizo un círculo oscuro, un agujero negro-azul, y me dijo: “esta es la vagina y es el orificio por donde nacen los bebés y por donde sucede la penetración”. Yo tragué una bola espesa de saliva. Me preguntó: “pero sabes que no es por ahí por donde orinamos, ¿cierto?”, mi cara de perplejidad bastó como respuesta. Entonces hizo otro huequito diminuto un poco más arriba y me dijo que ese era el orificio de la uretra. Y, un poco más arriba, muy delicadamente, trazó un botón liso, una naricita de ratón que yo conocía de memoria por la piquiña que me solía dar en la infancia cuando llevaba varios días repitiendo calzones. Era una comezón agradable de rascar, una ronchita que se ponía como una canica dura al frotarla entre ambos labios y que me dejaba los dedos oliendo a sardina. A los cinco años escuché

una vez a mi papá enojado hablando con mi mamá de aquella manía mía de rascarme por encima de la ropa o de cruzar mucho las piernas y frotarlas. Yo decía “me pica la cuquita” y mi mamá me ponía de la crema para la pañalitis que usaba con mis hermanos bebés y me dejaba el resto del día sin calzones para que ventilara bien. Cuando yo me abrazaba a las piernas de mi mamá o cuando dormía con ella, me gustaba sentir su olorcito de sardina. Un olor contra el que ella luchaba comprando duchas vaginales. Las botellitas plásticas de las duchas no faltaban en el baño de mis abuelos y siempre me explicaba para qué servían y que no eran para jugar.

Tenía seis años cuando llegué corriendo a la sala donde mis papás estaban recibiendo a varios amigos y les mostré algo genial que había encontrado en la mesa de noche. Cuando abrí el envoltorio de plástico metalizado y vi que adentro no había una chupeta, saqué aquella fundita suavecita y babosa y que olía a guantes. A todos les causó gracia aquello, excepto a mis padres. No se enojaron, pero mi mamá se agachó a mi altura y me dijo: “eso es una bolsita que se pone tu papá en el pipí. No son para jugar, déjalos en el cajón”. A mi papá yo ya le había visto el pipí. Esa era la palabra que se usaba en mi casa. Su pipí no era color piel como el de mis dos hermanitos, sino que era un banano morado sobresaliendo entre arbustos oscuros. Una berenjena que yo alcancé a ver un par de veces que mi papá salió corriendo del baño a buscar una toalla para secarse. ¿Se veía de ese color por el frío o porque en movimiento el negro de su vello se combinaba con el color de la piel del miembro?

Cuando cumplí siete años nos fuimos a vivir con mis abuelos. Cada mañana, mi abuelo se levantaba muy despacio de la cama. Él se incorporaba de espaldas a nosotros, yo lo veía desde abajo, acostada en el colchón en que dormíamos sobre el suelo junto a su cama. Se sentaba, tomaba una peñilla de su mesa de noche, se ponía un poco de aceite en el pelo y se peinaba parsimoniosamente. Enseguida apoyaba los nudillos de las manos sobre la cama para levantarse y quitarse el pantalón del pijama. Sus nalgas blancas y ligeramente sonrosadas se alzaban despacio y una bolsa gris como un gran higo blando muy maduro le sobresalía balanceándose en medio. Una fruta siempre amenazando con caer. Era una bolsa que me recordaba al monedero secreto que mi abuelita metía entre sus calzones y que estaba hecho con el resorte de unas medias veladas y

un taleguito de dulce abrigo. Mi abuelo nunca se percató de que yo lo observaba quedarse en bola cada mañana. A mi madre la veíamos desnuda cuando estábamos a solas con ella: para apresurar el baño y ahorrar agua, solía bañarse con nosotros. Me gustaba ver sus piernas enormes llenas de ríos verdes y morados, su cuca maternal coronada por la cicatriz que le dejó la cesárea cuando me dio a luz, los senos curvados abajo y respingados en la punta como cuando aprendí a hacer la letra L mayúscula en cursiva. Luego los ojos ya no veían nada: avalanchas de espuma irritante me los cerraban y me dejaban con ardor por un buen rato. El baño, a pesar de los ojos rojos y del frío en la piel mientras me llegaba el turno de volver al chorro me parecía algo delicioso. De pequeños, solíamos dibujar a toda la familia tomando el baño. Nos gustaba fantasear dibujando una ducha sobre cada cabeza para que nadie tiritara de frío en el baño grupal.

Un día descubrí que en la enciclopedia había otras palabras para la cuquita y el pipí. Llamé a mi hermano Nico, el que me sigue, para que fuera mi cómplice en ese hallazgo. Juntos, él con cinco años y yo con siete, pronunciamos en coro: va-gi-na, pe-ne. Era fascinante ver los nombres de cada parte. Se nos ocurrió entonces que sería una buena idea tomar el libro y llevarlo hasta la cuna de mi hermanita recién nacida. Yo quité el gancho nodriza de su pañal y la dejé al descubierto para que la pudiéramos ver mejor. En medio de las dos piernas gorditas estaba una uve diminuta, un triangulito de piel adiposa con una rayita de alcancía. Había que apartar sus piernotas con cuidado para poder abrir la hendija del triangulito. Entre los dos, abrimos delicadamente la rajita y comenzamos a buscar las partes que la imagen del libro señalaba con flechas: vulva, labios mayores, monte de Venus, uretra, clítoris... Cada vez que la imagen coincidía con lo que veíamos ante nuestros ojos, nos agitábamos de dicha. En medio de nuestro entretenido juego, oímos un rugido diciendo: “¿Qué le están haciendo a la bebé?! ¡Necios! Presten para acá ese libro y no manoseen a la nena”. Con tristeza vimos cómo mi abuelo encaramaba el tomo quinto de la enciclopedia Combi en la parte más alta de la biblioteca. El libro cerró sus fauces tosiendo una nube de polvo con olor a naftalina y tragándose de un bocado el glande, el conducto deferente, el escroto y el orgasmo. 📖

